

FRANCISCO JAVIER ACUÑA

Mientras Haití se desbarata literalmente desde sus cimientos, en otras latitudes—como en México—prevalecen las mezquinas disputas por cuestiones que parecen francamente artificiales.

FRANCISCO JAVIER ACUÑA* ¿Volver a empezar?

Haití ha sido un paraíso minúsculo del Caribe en el que por tantas desdichas pareciera que no brilla el sol, heredad atormentada desde su colonización y prolongada tras su independencia

A los que han sido solidarios con los haitianos.

Mientras la pobre Haití, la más pobre de las Antillas, se desbarata literalmente desde sus cimientos, en otras latitudes—como en México—prevalecen las mezquinas disputas por cuestiones que comparadas con la gravedad de las que allá acontecen, parecen francamente artificiales, los males que nos aquejan y contristan son muchos, son nuestros lastres cicatrices y rasgaduras abiertas en la piel social, síntesis de las precariedades de nuestros propios infortunios que, son sin embargo, un penoso y egoísta alivio frente a la devastación física, territorial, social y política de un país entero, catástrofe que, ha comenzado a conmover una expresión de conciencia solidaria universal. Con un esquema de Plan Marshall multinacional Haití podría volver a empezar y acaso edificar una democracia gradual basada en el turismo tropical y en un museo que explique toda su adversidad. Haití ha sido un paraíso minúsculo del Caribe en el que por tantas desdichas pareciera que no brilla el sol, heredad atormentada desde su colonización prolongada tras su independencia; isla infeliz por la cadena de sublevaciones, un desfile de gobiernos dictatoriales, un polvorín de ira social tranquilizada por las modestas misiones de la ONU; por si eso fuera poco, un montículo de arenas rodeado de un mar embrave-

cido al que siempre lo agitan los huracanes y, como ahora lo vemos, es Puerto Príncipe su capital de noble nombre, un miserable case-río de fincas derrumbadas, asentado sobre un grumo flotante de tierra fracturada. La ciudad antillana reducida a escombros llorará a más de 200 mil muertos y la penuria de más de tres millones de damnificados; sólo no se lamentará la pérdida de monumentos históricos de valor cultural, porque realmente si los hubo en el pasado, fueron de modesta fábrica y ya habían desaparecido, como se han perdido tantos tesoros arquitectónicos en América Latina, por las atrocidades de gobiernos y pueblos ignorantes. En el Distrito Federal hace cosa de dos años se destruyeron con toda prepotencia gubernativa 14 fachadas catalogadas por el INAH de los siglos XVII y XVIII para hacer en esas tapias (lotes abandonados de ex vecindades) mercados para ambulantes, sin que la UNESCO haya logrado nada al respecto, y se instalará por capricho un tranvía—con aspecto de tren bala—que destrozará los miles de metros de adoquines de decenas de calles y banquetas recién puestos, aquí también—pero por otros motivos—que maltratan cada vez más el exiguo Centro Histórico de la Ciudad de México. De cuando en cuando se suele volver a empezar, galopante auto-

ritarismo urbano que repara sitios históri-
Continúa en siguiente hoja



Fecha 17.01.2010	Sección Primera-Opinión	Página 17
----------------------------	-----------------------------------	---------------------

cos para volverlos a fastidiar, como ha pasado con la monumental Calle de Moneda, con las esculturas modernistas que a lo largo de tan bello espacio al aire abierto de forma inexplicable se fueron a justo ahí a colocar.

**Especialista en derechos humanos
ffacuqa@hotmail.com*

**Haití podría
volver a edificar
una democracia
gradual.**